

¿Cómo? ¡Eduardo continúa militando en la izquierda!

Erik Rojas

Eduardo Hughes Galeano, el periodista, literato, historiador, no ha perdido ese exquisito gusto para contar con fuerza y convicción el drama latinoamericano; lo hace con maestría en su peculiar estilo, en forma de alegato, de denuncia, de tal manera, que "lo ocurrido vuelve a ocurrir cuando el autor lo cuenta". Abundante pero no denso, recurre a los detalles que cotidianamente laceran a los pueblos del mundo, -los del sur- esos "inadaptados" que a diario pierden su dignidad frente a los del norte.

Ahora estamos frente a una nueva propuesta de 350 páginas, bajo un título que describe la actualidad: "Patatas Arriba, la escuela del mundo al revés". Esta vez el escritor uruguayo utiliza lo ya dicho en "Las Venas Abiertas" para reafirmar que la humanidad tiene una infinita capacidad para destruir a sus semejantes. Pero en la actualidad tenemos otro ingrediente que ha logrado poner el mundo al revés: la tecnología, la enorme capacidad para producir, que combinada con la rivalidad social, racial, política nos ha llevado hasta el borde del abismo, en una suerte de rito autodestructivo, donde el 80 por ciento de los habitantes de este planeta no logran "adaptarse" al libre mercado.

La propuesta de Galeano en "Patatas Arriba" es abundante, recorre con agilidad el mundo "treinta años más viejo desde aquella época en que florecía la lucha antiimperialista. Como siempre exhibe un enorme bagaje de datos, cifras, documentos. Como siempre hace en sus artículos de prensa, ahora también sus argumentos matiza con una fina ironía o brutal mordacidad.

A Galeano lo recordamos desde la década de los 70 cuando en "Las venas abiertas de América Latina" denuncia y explica el despojo del continente a partir de la división internacional del trabajo, cuando "unos países se especializan en ganar y otros en perder". Un fenómeno que se agudiza desde los primeros años de este siglo, cuando "el

capital norteamericano abarcaba menos de la quinta parte del total de las inversiones privadas directas, de origen extranjero, en América Latina. Hoy -decía en 1970- abarca cerca de las tres cuartas partes." Abundante en metáforas y citas recuerda la profecía de Bolívar sobre los norteamericanos, cuando "parecían destinados por la Providencia para plagar América de miserias en nombre de la libertad." y se mofaba de aquellos que creen que el destino descansa en las rodillas de los dioses, cuando la verdad trabaja, como desafío candente, sobre las conciencias de los hombres.

Era la Biblia de la insurrección en las décadas del 60 y 70, ese libro que atrapaba a los jóvenes lectores y los encendía hasta el fanatismo. El mismo Galeano recuerda con satisfacción el impacto causado con sus Venas Abiertas, en ese "estudiante que durante una semana recorrió las librerías de la calle Corrientes, en Buenos Aires, y lo fue leyendo de a pedacitos, de librería en librería, porque no tenía dinero para comprarlo".

Había marcado a fuego a varias generaciones.

Existen muchas maneras de escribir la historia, por lo que Galeano prefiere diferenciarse de ciertos sociólogos, politólogos, economistas o historiadores que escriben en código, "un lenguaje hermético que no siempre es el precio inevitable de la profundidad", el prefiere que su "manual de divulgación" hable de economía política en el estilo de una novela de amor o de piratas.

Todo lo que escribe Galeano parece destinado a reeditarse ad infinitum. Es que pasea el mundo, de norte a sur, de este a oeste, señalando con el dedo acusador la escoria que va dejando a su paso el cadáver insepulto del capitalismo.

En su "Memoria del Fuego, III, El siglo

del viento", (1986), enlaza hechos de la crisis del 80 de Bolivia, Chile y Argentina: el dictador García Meza "anuncia que implantará una economía libre, como en Chile, y que hará desaparecer a los extremistas, como en la Argentina". Pero sus anécdotas, a veces escapan al rigor histórico, aunque son impactantes: "Dispara balazos y sobornos. Al cinto carga pistola de oro y sonrisa de oro en la boca. Sus guardaespaldas usan ametralladoras de mira telescópica. Tiene doce aviones de combate, con misiles y todo, y treinta aviones de carga que cada amanecer despegan de la selva boliviana llevando pasta básica de cocaína. Roberto Suárez, primo y colega del nuevo ministro del Interior, exporta una tonelada por mes." (pag.306).

Doce años después, (diciembre, 1998) Galeano nos presenta este nuevo libro "Patatas Arriba, la escuela del mundo al revés, en 351 páginas, matizado con grabados del mexicano, José Guadalupe Posada, "sin que el artista se enterara".

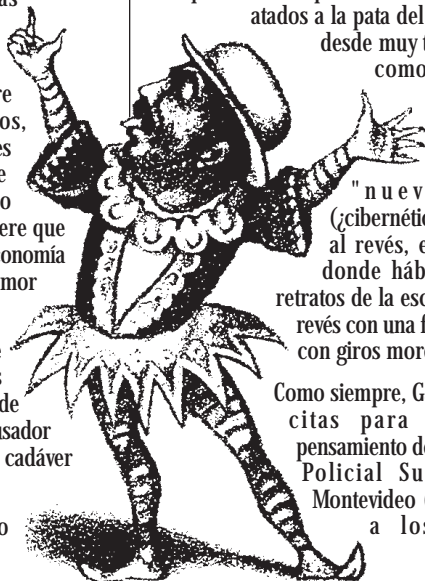
Retrata el mundo al revés que premia al revés, donde sus maestros calumnian a la naturaleza: la injusticia es la ley natural y entre sus modelos está Milton Friedman, uno de los miembros más prestigiosos del cuerpo docente, que "habla de "la tasa natural del desempleo", o John D. Rockefeller, quien un siglo antes, solía decir que "la naturaleza recompensa a los más aptos y castiga a los inútiles" en tanto que, en la actualidad "muchos dueños del mundo siguen creyendo que Charles Darwin escribió sus libros para anunciarles la gloria".

Galeano en esta su nueva producción, sigue siendo fiel a sus ideas y a su estilo literario, virtudes que le valieron comentarios favorables, los mejores elogios en los años 70, vinieron no de los críticos de prestigio sino de las dictaduras militares que lo elogiaron prohibiendo "Las venas abiertas"

Así pues, Patatas Arriba, la escuela del mundo al revés, pretende hacer un recuento de cada una de las lacras del actual sistema, del modelo neoliberal, describiendo las secuelas que va dejando no sólo entre los niños pobres sino también en los niños ricos a quienes el mundo de hoy los "trata como si fueran dinero, para que se acostumbren a actuar como el dinero actúa", pero también describe a los que no son ni pobres ni ricos, esos que están atados a la pata del televisor para que desde muy temprano acepten, como destino, la vida prisionera.

El formato es ágil, relata la "nueva" historia (¿cibernética?) de este mundo al revés, emplea recuadros donde hábilmente intercala retratos de la escuela del mundo al revés con una fina ironía o a veces con giros mordaces.

Como siempre, Galeano, abunda en citas para acercarnos al pensamiento del Primer Congreso Policial Sudamericano de Montevideo (1979) que estima a los menores de





El Paraíso

Si nos portamos bien, está prometido, veremos todas las mismas imágenes y escucharemos los mismos sonidos y vestiremos las mismas ropas y comeremos las mismas hamburguesas y estaremos solos de las misma soledad dentro de las casas iguales en barrios, iguales de ciudades iguales donde respiraremos la misma basura y serviremos a nuestros automóviles con la misma devoción y responderemos a las órdenes de las mismas máquinas en un mundo que será maravilloso para todo lo que no tenga piernas ni patas ni alas ni raíces.

dieciocho años: "población potencialmente delincuente", para denunciar la "hegemonía del mercado (latinoamericano) rompiendo los lazos de solidaridad y haciendo trizas el tejido social comunitario".

Como en el pasado, Galeano, continúa despreciando el estilo hermético de los eruditos que esconden, en algunos casos, "una incapacidad de comunicación elevada a la categoría de virtud intelectual" para bendecir el orden establecido. El prefiere diseccionar la economía mundial, sus mercados de consumo, la ansiedad por dar salida a la producción creciente y los esfuerzos que evitan el derrumbe de las tasas de ganancia. "El mismo sistema que necesita vender cada vez más, necesita también pagar cada vez menos. Esta paradoja es madre de otra paradoja: el norte del mundo dicta órdenes de consumo cada vez más imperiosas, dirigidas al sur y al este, para multiplicar a los consumidores, pero en mucha mayor medida multiplica a los delincuentes. Al apoderarse de los fetiches que brindan existencia real a las personas, cada asaltante quiere tener lo que su víctima tiene, para ser lo que su víctima es."

Escribe ayer como hoy, para tratar de responder a las preguntas que le zumban en la cabeza, moscas tenaces que le perturban el sueño... de latinoamericano, pues percibe una economía regional esclavista que se hace la posmoderna: "paga salarios africanos, cobra precios europeos, y la injusticia y la violencia son las mercancías que produce con más eficiencia." Tiempos del neoliberalismo en el que los derechos públicos se reducen a favores del poder, y el poder se ocupa de la salud pública y de la educación, como si fueran formas de la caridad pública, en vísperas de elecciones.

Los presidentes de las Américas emiten

resoluciones repitiendo que "el mercado libre contribuirá a la prosperidad". A la prosperidad de quién, no queda claro.

El libro se matiza con el Galeano, periodista, ese hábil profesional de ingeniosas metáforas. "Hoy por hoy, no queda bien decir ciertas cosas en presencia de la opinión pública: el capitalismo luce el nombre artístico de economía de mercado; el imperialismo se llama globalización; las víctimas del imperialismo se llaman países en vías de desarrollo, que es como llamar niños a los enanos; el oportunismo se llama pragmatismo; la traición se llama realismo; los pobres se llaman carentes, o carenciados, o personas de escasos recursos; la expulsión de los niños pobres por el sistema educativo se conoce bajo el nombre de deserción escolar; el derecho del patrón a despedir al obrero sin indemnización ni explicación se llama flexibilización del mercado laboral".

Como en las Venas, la nueva producción de Galeano convoca el pasado al presente, porque considera reaccionaria cualquier veneración por el pasado, vuelve a su acostumbrado repaso de la opresión de cinco centurias, los mitos, los ritos y los hitos, incluye a Gabriel René Moreno, "la gran figura intelectual del siglo pasado en Bolivia, había comprobado, balanza en mano, que el cerebro indígena y el cerebro mestizo pesaban entre cinco, siete y diez onzas menos que el cerebro de raza blanca". Antes los conquistadores habían probado que los indios andaban desnudos, como si todo su cuerpo fuera cara, debido a que los salvajes no tienen vergüenza.

En el capítulo Cátedras del miedo, cita la frase del Arzobispo salvadoreño, Oscar Arnulfo Romero: "La justicia es como las serpientes: sólo muerde a los descualos". Como en la actualidad la violencia no conoce límites, Galeano construye una catedral en el capítulo de "La enseñanza del miedo" definiendo el gran peligro del siglo con interesantes anécdotas de policías y ladrones, con periodistas y noticias, con ejércitos y enemigos internos, con presidentes y expresidentes (no se libra el general Banzer). La violencia, los linchamientos, la tolerancia cero se han convertido en modelos de convivencia en los países de Estados Unidos, Latinoamérica y el resto del mundo. El poder corta y recorta la mala hierba, pero no puede atacar la raíz sin atentar contra su propia vida. Se condena al criminal, y no a la máquina que lo fabrica, como se condena al drogadicto, y no al modo de vida que crea la necesidad del consuelo químico y su ilusión de fuga. Pero también el miedo es la materia prima de las prósperas industrias de la seguridad privada y del control social. Una demanda firme sostiene el negocio de las policías privadas y las cárceles privadas, mientras todos, nos vamos volviendo vigilantes del prójimo y prisioneros del miedo.

Y los negocios promueven el crimen y del crimen viven. "Los países que más armas venden al mundo son los mismos países que tienen a su cargo la paz mundial", por esto no debe extrañar que George Bush haya declarado, después de invadir Panamá, y mientras invadía Irak: "El mundo es un lugar peligroso".

Los traficantes, el opio, la coca y la cocaína, son privilegios heredados y protegidos por los poderosos del mundo, banqueros lavadores de dólares.

El mundo está patas arriba, no hay duda en Galeano, y una muestra de ello son los políticos cuyos discursos tienen sentido cuando se los lee al revés, "¡La educación y la salud primero!" claman, como el capitán del barco: ¡Las mujeres y los niños, primero!, y la educación y la salud son las primeras en ahogarse.

Bucaram (Ecuador), Collor de Mello (Brasil), Carlos Andrés Pérez (Venezuela), fueron despojados de sus cargos por fraude, o fueron blanco de acusaciones de diverso calibre.

Sobre el desempleo y desempleo en el tiempo del miedo, afirma que, "La sombra del miedo muerde los talones del mundo, que anda que te anda, dando sus últimos pasos hacia el fin de siglo. Miedo de perder: perder el trabajo, perder el dinero, perder la comida, perder la casa, perder..." Hoy en día lo importante es encontrar trabajo, sin protección social, ... aunque sea a cambio de un salario de mierda, se celebra como si fuera un milagro... de San Cayetano.

La globalización es una galera donde las fábricas desaparecen por arte de magia, fugadas a los países pobres, en fin, los capitales emigran al sur en busca de brazos baratos, y los brazos baratos intentan emigrar al norte.

El viejo relato de la historia mostrado en Las Venas, cáustico, se renueva no menos cáustico en el capítulo de las "Clases magistrales de impunidad", en el que las empresas petroleras Shell y Chevron han arrasado el delta del río Níger, la radioactividad que mata en Goiana, Chernobyl que resuena cada día en las orejas del mundo y los cadáveres que alfombraron un estadio de béisbol en México son apenas hechos que permiten efectuar proyecciones del BM sobre el movimiento de fortunas de las industrias ecologistas "como el más brillante negocio de las mismas empresas que lo aniquilan".

Pero Galeano no se detiene, el mundo "Patatas Arriba" le proporciona material abundantísimo que los desarrolla con su magistral pluma o computadora, con los militares que asaltaron el poder, sus crímenes, los exterminadores del planeta, los crímenes contra la naturaleza, los informes de los expertos, sus discursos, los solemnes acuerdos internacionales.

"Los derechos humanos se humillan al pie de los derechos de las máquinas". El transporte público apabulla al mundo, el poder de los fabricantes de automóviles, neumáticos, los industriales del petróleo pertenece a las sesenta mayores empresas. La explosión del consumo actual mete más ruido que todas las guerras y arma más alboroto que todos los carnavales, afirma Galeano.

Y concluye con "El derecho al delirio", invitándonos a imaginar, a soñar... "a clavar los ojos más allá de la infamia, para adivinar otro mundo posible:..." ■

